

EL DIBUJANTE

JENS BÜCHER

Para Jennifer

El Dibujante
Jens Bücher
2010
Der.Res.: Jens Bücher
Nº Inscripción: 195743
Santiago, Chile
www.persona.cl
www.bucher

Eliges un café claro.
Trazas el perfil
con rapidez,
agregas carácter
con líneas verticales
- iris, nariz, comisuras -
y sombra en la sien,
equilibras
con párpados, cejas, labios,
el cuello se abre
hacia abajo
a hombros insinuados,
y describes el pelo
como delicada fuerza.

Un retrato espiritual.

Desde el papel
te mira una persona
sensible, sola, atenta -
dime, artista,
¿a quién recuerdas?
¿quién es?

Sueltas
el papel de la tabla
y lo dejas
arriba de unos libros
sobre la mesa.

Soy curioso,
veo tus muchos lápices
y me pregunto
qué te llevó a elegir
el color que usaste.

Me dijiste
semanas atrás
que me enseñarías,
que sí,
que estaba bien.

Pero me has enseñado
a callar,
a tragar
preguntas y dudas
y a ir
junto a tus cosas
con manos ocupadas.

He dibujado mil veces
tus libreros,
la mesa, las dos sillas,
la ventana,
la estufa,
la mesita de arrimo,
el atril,
la lámpara,
el candelabro,
el resto de vela, los fósforos,
tu cello,
la puerta, su manilla anticuada,
las tazas, la tetera,
la cocinilla
y la cafetera amiga.

A veces siento
riqueza en el silencio,
y el lápiz en la mano
se comporta distinto:
¿estoy aprendiendo?

En tu taller
se respira distinto,
más abierto,
el aire es más claro,
incluso las cosas,
parece,
brillan un poco
en los cantos.

Es todo un asunto
la sensibilidad,
cómo la traes
a tu vista,
cómo viven las cosas
cuando las observas
y las dibujas -
con cara despierta
y manos libres.

Es fácil quedarse
con lo que queda,
con las líneas,
con los trazos,
con la imagen -
pero hace días ya
ando a la búsqueda
de lo que está antes,
antes que tomes el lápiz,
ando buscando
lo que te trae al taller,
al papel,
a ver si descubro
la vertiente de tu oficio,
el origen
silencioso y generoso
de cuanto haces.

Vulnerable y creativo,
cómo es eso,
sensible y autónomo,
delicado y seguro -
cómo puedes.

Quizás
un torrente muy fuerte
subyace a lo que haces,
y te permite
lo amplio y lo profundo.

Busco observarte
sin molestar,
y lo que veo
está más cerca
de nuestro pasado animal
- atento y sensible -
que de lo humano
que hoy somos -
poderosos y tensos.

La inocencia
de tu mirada
está también en la mano,
en el lápiz, en la imagen -
y aquí ahora
en mi vista aprendiz.

Sacaste dibujos
que tenías guardados
en cajones y carpetas
y me los presentaste
según fuiste cambiando
con los años,
a ver si yo veía
lo que querías mostrarme.

Tuve mis dudas.
Había temas que volvían,
caras, espaldas, manos,
hojas, arbustos, árboles,
muebles, tazas, tu taller.
Incluso había tipos de trazos,
blandos, fuertes,
gruesos, finos,
que con el tiempo volvían.

Vi entonces
un río de búsquedas,
de juegos expresivos
y de preguntas sutiles,
una historia narrada en papeles
blancos, amarillentos, cafés -
y yo ahora aquí
que sepa lo que veo.

Sí, dijiste, temas y trazos,
si soy siempre el mismo -
pero mira,
lo que cambia no está ahí,
sino el papel lo recibe,
este progresivo
desde dónde hacia dónde,
la historia, que dices,
esto está antes del trazo -
y mucho después.

Arte,
me dijiste,
es osadía,
nada más que ser valiente,
eso y nada más.

El trazo, después,
es entretención,
es juego de niños,
un premio casi
para quien supo
no bajar la mirada
cuando todo parecía
demasiado.

Arte, sonreíste,
se crea en soledad,
sin ayuda, sin amigos,
sin sistemas de contención -
arte
son los pasos inciertos
con que avanzamos
frente a esto grande
que nos es.

Arte
es más
que tema o trazo,
pero en ellos,
si los dominas,
se expresa.

Estando solo un día
volví a ver tus dibujos,
y ahora, sin dudas,
reconocí tu andar
por espacios del crear.

Has dejado de insistir.
Hay más aire hoy, más luz,
tus objetos dibujados
se sostienen inocentes
en medio de su espacio,
más vulnerables casi,
llenos de gracia
parecen gozar la luz
en sus áreas expuestas,
y no necesitan nada.

Claro,
no vas convenciendo a nadie,
quien quiere bien,
quien no, igual,
y sigues con lo propio
sin perder el tiempo.

Más luz.
Más aire.
Inocencia.
He guardado tus dibujos
en sus cajas y carpetas.
Vuelco la mirada
sobre mi pasado
y medito hasta tarde.

Amarillo y café claro,
café gris y café oscuro,
café muy oscuro:
con cinco lápices
creaste una sinfonía
de luz primaveral
sobre el sencillo papel.

¿De qué depresiones invernales
más oscuras
has sabido salir
hacia vigor y paz,
hacia la alegría de vivir,
que ahora las expresas
tan convencidamente?

¿O es primavera
el talismán
que aprietas en tus manos
cuando recién vas
y te sumerges
en las aguas profundas
del sufrir?

Tu cara quiere esconder
el espacio del corazón
donde se originan
contenido y convicción
para los dibujos
que trazas más tarde.

Polimatía
no te hace sabio,
decía Heráclito, el solitario,
poli erga, agregas,
no te hace artista -
aunque suelta la mano.

Pero
el hambre, la osadía
y los silencios miles
te acercan un poco.

Y yo saco conclusiones:
que eres un enamorado,
que eres un agradecido,
y que lo que va por tus manos
al lápiz y al papel
es la belleza de la verdad,
día a día renovada
en tu conciencia
de artista emotivo.

Las mujeres
que dibujaste antaño,
caras, hombros, pelo,
senos y manos,
sus caderas llenas de futuro,
muestran en tu trazo
atracción y magia,
casi dan ganas
de invitarlas e ir.

Años más tarde
las líneas cambiaron
y describieron destinos
no siempre felices,
caras cansadas, deslucidas,
manos generosas, delgadas,
o bajo los párpados
una pena recogida.

Dibujaste también otras,
más felices,
que lograron volver
y brillan realizadas,
sus mentes rápidas
integrando pasado y futuro,
nunca muy lejos
de la tierra fértil,
del cariño y del compromiso,
la mirada alegre.

Has querido comprender
su naturaleza extraña,
tan distinta a la nuestra,
así como van al lado nuestro
ágiles con niños,
solidarias, cuidando,
y más calladas
con sus cosas profundas.

En los dibujos de ahora
muestras,
junto a tus preguntas,
tu respeto aún más asertivo,
en caras y cuellos,

espaldas, manos,
en la luz suave en torno
a estos cuerpos femeninos -

y quizás yo algún día
comparto tu mirada
más amplia y madura.

Encontré la carpeta
"Oraciones".

En la primera parte hay
muchas manos
delicadamente juntas,
de niños, de obreros, de mujeres,
todas copiadas
de óleos, frescos o dibujos
de tus muchos maestros.

Siguen copias
de cabezas, de torsos,
de cuerpos enteros,
posturas sugerentes
de horas silenciosas y santas.

Y después está lo tuyo.

La cabeza de un perro
mirando en diagonal
hacia lejos.
Un niño durmiendo.
Una manzana.
Una colina boscosa
a contraluz.
Otra vez tu perro.
Montañas hacia el este
antes que salga el sol.
Un plato con verduras.
De nuevo tu perro.
Lluvia sobre el campo.
Una pareja de la mano.

Respiré profundo,
cerré la carpeta
y salí afuera
a la luz de la tarde.

Eres un hombre sencillo,
pero en papeles
derrochas lo que no tienes.
Guardados y protegidos
los hay aquí en tu taller
lisos, suaves, tersos,
blancos en varios tonos,
grises, azules,
distintos cafés.

El que más me gustó
es uno blanco marfil
y sutilmente esponjoso,
parece invitar a dibujar
algo sensual y vivo
sobre un trasfondo elegante -
o simplemente a jugar
y pasar los dedos por encima
de su superficie sensual.

Quizás qué tienes pensado
hacer con cada uno,
así como los cuidas y reservas
para los días del futuro.

A donde nos quieran llevar
nuestras conversaciones,
siempre siento un patrón
que le imprimes al devenir:
los frutos de la tierra
pareces devolverlos a ella -
en un permanente giro
de abono y aireación.

Tus dibujos
al servicio de tu ánimo.
Tus ideas
enriqueciendo la sangre.
El espíritu
alimentando tu cuerpo.

Incluso tus emociones,
al ascender a tu conciencia
y convertirse en
convicción, expresión y belleza,
parecen querer caer de vuelta
- transformadas y trazadas -
hacia el fondo oscuro
que les dio su origen.

Y con toda ingenuidad
te atreves a decirme
que sabes desprenderte
de tus cosas,
de papeles y lápices,
cuando sé que son
tan íntimamente
parte de tu biología.

La vista engaña,
me has dicho varias veces,
nos saca del centro invisible
donde sucede
todo lo importante.

¿Sabes volver a ti?,
me miras inquisitivo
y yo querría contestarte sí.
Deberíamos ser ciegos,
dices,
y vivir así para aprender.

Pero en tus dibujos
está la otra verdad,
por suerte,
la belleza que has expresado
de papel en papel,
imagen tras imagen,
exquisitamente visible.

He tomado este dibujo
y lo he contemplado
con toda libertad.

Representa
una pluma de queltehue,
los blancos y negros
brillantemente contiguos,
como recién desprendida,
una pluma
que yace sobre el pasto.

Has mostrado tu cariño
por este pájaro precioso
con líneas asertivas y claras,
has recreado en estos trazos
su mundo intenso
de paz y silencio,
como lo es su vida
sobre la pradera abierta
cuando nada lo altera
y pasa las horas
de su vida genuina
junto a su familia.

Parece flotar,
así apenas apoyada
como está
sobre las hojas más largas.

A veces ríes
como un niño,
ingenuo y sorprendido,
por algo que pasó,
por un error de alguien
o por una idea loca.

Hoy fue así.
Me serviste un café
y al pasarlo
se te cayó de la bandeja,
se perdió el café,
la taza quedó acostada,
el platillo rodó,
chocó en tangente
y siguió rodando lejos
hasta la otra muralla.

Reíste
de buena gana -
por el café, por la taza,
por el platillo feliz,
quién sabe -
o quizás qué se liberó
en tu alma despierta.

Me serviste otro café
y al pasarlo
brillaban tus ojos
con más risa aún:
y así,
en los momentos siguientes,
hemos tomado
el café más alegre
de nuestras vidas,
niño irremediable.

Me cuesta pensar
que lo que has hecho
será decoración
colgada de alguna pared
para deleite fugaz
de quienes mirarán
conversando entretenidos
sin cambiar sus vidas.

Fui y te lo pregunté.
Parecías no comprender,
observaste a lo lejos
y te costó encontrar palabras.
Hablaste de distancias,
de mundos, de diferencias,
y mientras más buscabas
cómo decirme lo que querías
- la gentileza por delante -
más intuía que no,
que la pregunta era un error,
que no estabas ahí
donde te suponía,
que mejor no seguir.

Te ofrecí un café.
Te conté de mi infancia
a los siete o los ocho años,
de mis primeras lágrimas
sobre una alfombra conchovino
al escuchar Mozart o Schubert,
¿qué habrá sido?,
de mi incipiente arte
mientras trabajaba
en cosas sin importancia.

Te soltaste,
jugaste con lápices un rato
y después me dijiste
dibuja eso.

Tus dibujos,
las conversaciones,
el taller
y las largas horas
dedicadas a tu arte
son como el trigo
en un campo abierto
que el viento
mueve hacia el mismo lado.

Algún amor por la vida,
- honesto, enamorado -
sopla en lo que haces
y deja su marca
de devota dedicación.

Te gusta hablar de osadía,
pero yo creo
que más es congruencia,
que no puedes de otra manera,
por muy bella que sea
cuando te toma y te arroja
contra lo ignoto.

Madura tu trigo,
en trazos, en imágenes,
en el sentido humano
que tu viento
arranca de este campo.

¿Qué fue de tu perro?,
te pregunté un día.
Murió, me dijiste,
estaba viejo y enfermó.
Era en otra casa,
lo enterré en el jardín,
a la sombra de unos arbustos,
y las hojas otoñales
pronto cubrieron el montículo.

Claro, agregaste,
me gustaría tener uno,
no, dos, una pareja,
que se tengan el uno al otro
y sean felices
compartiendo la vida.
Cuando les tenga más espacio
y puedan correr.

Recordándolo
trazaste
su imagen querida
sobre un papel
de medio tono.

Y yo me fui
pensando cómo ayudarte
a tener ese espacio
para tus perros
algún día.

Como sugiere el I Ching,
te has escondido entre la gente.

Quién sabe
aquí de tu taller,
de las cajas con dibujos,
de los lápices y los papeles,
de las horas intensas,
de las transformaciones
a que te expones,
de los largos silencios
y de los momentos creativos.

Estás lejos
de las demandas, de las preguntas,
de la presión por hacer y no hacer,
por poseer, por renovar,
por ser alguien, por influir.

Si supiese la gente,
te llamarían anarquista
así recluido como vives
negando lo de ellos.
Son ellos los anarquistas,
me parece ya escucharte -
pero no, no lo dirías.

No te importaría,
concentrado como vas en tu arte,
y no perderías en eso
tu tiempo precioso.

Complementas
las direcciones del corazón,
lo que has subido
lo haces bajar,
lo liberado
lo comprometes,
y con lo que del cuerpo
emerge como visión
- lo espiritual -
vigorizas tu sangre.

Así tus dibujos contienen
tanto el esfuerzo valiente
como la gracia regalada,
la caída depresiva
y el renacer ingenuo,
así tus trazos
fuertes o suaves,
rápidos o lentos,
expresan luz y carácter
de este bello juego
llamado ver.

Un hogar.
Pusiste tus cosas a salvo
en este taller
desconocido para todos.
Aquí tus horas se desarrollan
con el ritmo del arte,
de acuerdo a necesidades,
a leyes de maduración,
nadie impone,
ningún reloj es válido,
sino paciencia
y el placer de desafiar.

Sino la honestidad
de hacer bien las cosas,
de expresar lo conquistado,
de narrar la verdad
que emergió de lo profundo.

Sino el amor por trazar
las líneas correctas,
por decir ni más ni menos
que la imagen vista,
por mostrar claramente
lo que a ti se mostró.

Un hogar.
Protección y cuidado
para lo que crece,
para lo que se abre a la luz
y se detiene
en papeles logrados.

Explorador, claro,
eso eres con tu carácter osado,
vas, enfrentas y abres camino
donde los otros prefieren devolverse,
eres científico también
así como vas anotando
marcas, señas y relaciones,
un científico-explorador
en terrenos poco conocidos
del alma humana.

Pero me sonrío
viéndote tan entregado además
a los juegos
de la gracia, de lo bello,
que parece desdecir
tu seriedad.

Es lo enamorado
que te toma feliz
después de alguna conquista
o antes ya, previendo una.

Está en trazos, temas,
en luces y sombras,
tu energía irradiante
bailando inocente
delante de nuestra vista
como sonrisa, como pudor,
como alegría
de ser y de compartir.

Carbones compraste días atrás.
Quiero volver a algo muy antiguo,
me dijiste,
de joven hice muchos carbones
para un coleccionista muy severo
que exigía mucho
y me compraba poco.

Los probaste sobre papeles diferentes,
a ver cómo marcaban,
cómo delimitaban, cómo resbalaban,
cómo se sentían en la mano,
cómo se comunicaban contigo
y tú con el papel.

Con los dedos hiciste
sombras oscuras, claras, medias,
con cueros también,
grandes, pequeñas,
variando la presión
o agregando carbón,
refregaste papel contra papel,
y más tarde aplicaste fijadores
sobre tus manchas saltadas.

Parecías
niño jugando cocinero.
Pero en tu frente
había una luz creativa
que había de expresarse
en los días siguientes
sobre muchos papeles.

Un bebé.
El tronco de un árbol.
Una mujer de perfil.
Un jardinero.
Una naranja.
La cara de un caballo.

Cada imagen
me impresiona.
Trato de distanciarme
pero vuelvo a verlas,
las reviso,
a ver si logro
aprehender eso otro
que sé que está ahí,
delante de mi vista.

¿Fuerza?
¿Elegancia?
¿Renuncia?
¿Amor?

Salgo a caminar,
me dejo llevar
por los altos árboles
hacia lejos,
y vuelvo
lentamente,
el corazón aún incierto.

Tus carbones.

¿Sensualidad de espíritu?
¿Placer del saber?
¿Saber del placer?

Tus carbones
son bellos, sí, y sensuales,
pero son también manifiesto,
convicción, claridad, triunfo,
señas de conquista
en el difícil camino
hacia el centro del alma.

Ventana, almuerzo, casas,
mira aquí, libro,
mucho más que un objeto,
mucho más que lectura
(una vida aprendiendo
mil cosas ahí adentro),
pero ahora distante
delante de la vista,
casi reflexionando,
casi meditando,
casi sabiendo
el pulso verdadero del vivir.

Zorzal, entrada, manguera,
madre con niño,
atardecer.

Bello saber.

¿Dibujas?
Juegas.
Haces manchas,
trazas líneas aquí y allá,
agregas más manchas,
deslizas, aclaras, unes,
o marcas de nuevo
con tus poderosos carbones,
miras -
y decides:
nada más.

Dos, tres papeles,
y después caminas, tomas algo,
te sientas.
Escuchas El Mesías,
la Hammerklavier, Nocturnos.
Pasa el tiempo musical
y de nuevo vas a la mesa,
dos, tres papeles nuevos,
y de nuevo caminas
o escuchas.

O quieres conversar
y me ofreces café.
Me cuentas de arqueología
o de piedras talladas
en Australia y Tierra del Fuego,
o del Alto Perú, de Lauricocha,
de su clima en el tiempo,
de su gente guerrera
y de su gente de paz.

Pero yo sé
que igual sigues dibujando,
que no paras,
que juegas
con las luces y las sombras
de tu sentir
y que mañana ellas serán
imagen sobre papel.

Has dibujado tus cosas,
lápices, carbones, cueros,
el sector de la mesa
donde dejas tus herramientas.

Con trazos certeros
has recreado en el papel
objetos, sombras, luz,
la honesta verdad
de tu callado oficio.

¿Qué habrá pasado
por tu mente
al ver lo que hiciste?
¿Reflexión?
¿Aserción?
¿Duda?
O tal vez supiste
todo lo mucho
que quieres hacer
en los días por venir.

Para mí es
sólo lo que veo:
la maestría
de tu mano ligera.
Pero está claro
que hay más,
así como las formas
se despegan del papel
y se dicen al día
en su sensual madurez.

Vertiente invisible
desde la cual surgen
tus trazos concretos
que a la vista aluden,
transformación misteriosa
en el ámbito de la sangre,
creatividad
en que se expresa el juego
de anhelo y carbón,
de pena y verdad,
creatividad
en que se muestra la historia
de pasos y alegrías,
de papeles y sentido.

Perceptivo como eres
creo intuir de dónde
se alimenta tu vertiente:
del día anterior,
de tu vista activa,
de tu piel
abierta a las señas
que hasta ella llegan,
de tu corazón despierto
cruzando experiencias
que lo aluden.

Un giro entonces
entre ayer y hoy -
integrando y trazando.

Y tú en medio -
serio, claro,
con toda humildad.

Algún secreto compromiso
tienes con lo simple,
con lo olvidado, con lo débil.
Te conmueve
lo vulnerable, la inocencia,
te remece
aquello que levanta
por vez primera
su insegura mirada
al mundo grande.
Desde temprano
está en tus dibujos,
abarca décadas de tu trabajo,
y aquí en tus carbones ahora
se vuelve a expresar.

La gracia
de lo que emerge.

Pareces mostrar
que todo alrededor nuestro
está de continuo emergiendo,
la pala, la cortina,
la manzana sobre la mesa,
la mujer, la tarde.

Crees tal vez que palabras e ideas
son lastre, impedimento,
estructuras sin más vida
que la que tuvieron
cuando alguien las buscaba
para decirla.
Rama, cello, lápiz,
mujer apoyada, vereda,
anciano sonriente, playa.

Inicio
trazado en cada papel
que sueltas de tus manos.

Trabajas con poco.
En tus imágenes
hay aire y luz,
no pesa tu carácter
sobre trazos, áreas, sentido,
con mínimas líneas
muestras la vida
en los papeles
que alejas después de ti.

Con poco -
pero en este poco
está concentrada
la intensa pasión
con que miras,
trabajas y das.

Tus rápidos trazos
esconden la paciencia,
la dedicación delicada
que comprometes
al ver y comprender
lo que a tus ojos se muestra.

¿Elegante? ¿Exacto?

Amante tal vez.
Como quien sabe
que lo amado
es lo que importa.

Tout veut qu'on l'écoute -
écoutons jusqu'au bout;
car le verger et la route
c'est toujours nous!

Y mira ahí,
también entre tus cosas,
el huerto y el camino,
más de eso nuestro
que quiere expresarse,
que le oigamos
- al decir de Rilke -
que integremos
- a tu decir -
su naturaleza emergente
a la conciencia asombrada.

Imagen temida
en quienes piensan y afanan,
pero en otros alojada
en la paz de un respirar
confiado y amante.

La ladera
en suave declive,
los frutales, la tierra húmeda,
el camino de labores
- ahora de paseo -
hacia adelante, hacia la luz,
hacia la reflexión
del momento.

Eres reservado, pudoroso,
con tu música,
con tu cello querido
de madera clara.
Hoy viniendo al taller
te escuché de lejos,
me senté en la entrada
y apoyé la cabeza
contra la puerta.
Divagabas, ibas, volvías,
jugabas
con las armonías mutantes
del quinteto en do mayor,
como un niño
que desarma el juguete
y quiere entender,
así eran tus melodías:
libres, sueltas, intentadas.

Después silencio:
¿café, agua?
Volviste al cello
y ahora conformaste todo
a un fluir
reverente y espiritual,
la búsqueda que expresa,
la expresión que busca,
asertiva hermosura del alma,
de nuevo, de nuevo,
desde aquí, desde acá,
el discurso precioso.

Días más tarde dibujaste
- una vez más -
la cabeza del cello,
sus llaves oscuras,
las cuerdas tensas
y el apoyo negro.

Uvas.
Llevo media tarde
mirando tu dibujo,
abriendo espacio
para acoger lo que dices
y así se exprese
también dentro de mí
lo que tú viste,
lo que tú dejaste entrar
a tu sentir.

¿Apetito, sed?
¿La naturaleza,
sus dones exquisitos?
¿Gratuidad?

¿Gratitud?

Algún asombro
recorre mi conciencia,
y casi sé
lo que hay de ti
detrás de estos trazos,
lo que en ti maduró
antes que tomaras
papel y carbón
y retrataras el racimo.

¿O era
el simple placer
de hacer lo bello,
de ir y trazar,
y saber
que está bien?

También bajo sombras
lo que muestras,
tus líneas y manchas,
es liviano y claro,
no hay en tus dibujos
trazos sin luz,
incluso donde mezclas
puedo leer, puedo ver
cómo lo has hecho.

Lo difícil viene más tarde,
en el propio corazón,
cuando quiero entender
lo que no entiendo,
pero algo me lo quita
y no me deja.

Cuando no maduro
lo que tú ya lograste,
cuando las líneas son signo
y las manchas mensaje,
pero yo no sé
lo que dices.

En tanta soledad
como en la que tú trabajas
el tiempo va más rápido
y tú te alejas,
pero yo voy lento
y más atrás.

Quizás era esto entonces
aprender de tu oficio:
ver con el alma,
y después recién
- con manos livianas -
tomar el carbón.

La ética de lo libre
recorre tus dibujos,
y ahí vas sacando
lo que sobra, el exceso
con que cubrimos la verdad,
las ideas, las palabras,
las defensas contra la vida,
todo el miedo.

Menos, dices,
es posible con menos,
hazlo liviano,
hazlo claro,
como seña entre amigos,
como sonrisa desde lejos
a la amiga amada.

La ética de lo limpio.
A veces intuyo
que me va a resultar,
que lograré
asumir tu rigurosa mirada,
y que mi mano
algún día trazará
- correctamente -
lo que se nos muestra
sin más.

De lo práctico
es necesario muy poco,
queda tiempo
para asombrarse,
para ver y aprender.

Callaste.

Abriste carpetas
y miraste dibujos
de distintos años.
Hay tanto que hacer.

Más carpetas,
más dibujos.

Lo que he caminado
no es nada.

Miras hacia la mesa,
piensas, buscas.

Crisis:

creo que has entrado
a un espacio nuevo,
a un sentir distinto,
y que algo se prepara
dentro de ti.

Te ofrezco un café.

Aceptas, pero
te cuesta conversar,
tienes la mirada ida.

Me voy pronto.

La vida
está abierta y luminosa
como día de primavera,
tengo ganas de dibujar,
pero sé que en el taller
están pasando cosas,
que hoy no puedo.

La gente está lejos de ti,
no te gusta hablar
de exposiciones, de críticos,
de cómo otros te ven
o cómo tú los ves a ellos.

Quizás te expulsaron
con sus cosas llamativas,
o sus diarias pequeñas cosas,
con su arrogancia
o su ignorancia,
con sus luchas de poder,
quién sabe cómo es que
ahora estás solo.

O quizás tú a ellos
los alejaste de tu corazón,
día a día triste,
sin más remedio
ni posible esperanza,
y creaste espacio
para cuidar de lo serio,
de lo que sí importa,
día a día
no pudiendo creerlo.

Somos pocos
quienes entramos a tu taller,
sé que quieres
mañana algún día
una pareja de perros,
que quieres
saberte bien acompañado
por papeles y carbones,
y para ti
horas creativas
de asombro y paz.

Un día sí te pregunté,
¿y la gente?
Reíste, claro, dijiste,
hacen sus cosas
como criados
por la abuela miedosa,
desconfían de todo
y se dan vueltas:
miedo, odio, maldad,
más miedo, más maldad.

Pero la vida
va por otros caminos,
está en nosotros
ver y mostrar.

Tomaste lápices
en tus manos ágiles
y jugaste con ellos
un tiempo.

Me pasaste uno
mirándome a los ojos
y me preguntaste
¿a trabajar?

Tomábamos café,
la tarde de verano
alargaba sus horas
hacia la noche,
había paz y luz
arriba de los techos
de las casas vecinas.
Arte es correr límites,
me dijiste,
es desmontar ideas
y volver a la vida,
a reverenciarla,
a agradecer.

Estaremos muertos
tanto tiempo, después,
agregaste,
es ahora el momento
de ver, de asombrarnos,
de rendirnos conscientes
a tanta belleza,
de intentar ser
un lápiz en su mano
y así trazar
una línea honesta
de su imagen actual.

Después de ver un dibujo
de agua cayendo
sobre una mano reposada
recordé
las muchas imágenes
de agua
que has dibujado,
vertiente, vaso semi-lleño,
río, lluvia, niebla,
tetera hirviendo, olas,
gotas en el vidrio.

¿Qué ha pasado por tu mente,
qué te has preguntado,
de qué estás convencido,
qué has agradecido?

Quizás qué se ha abierto
a tu vista curiosa,
qué ha dicho su verdad
a tu corazón despierto.

O tal vez has querido
que sea tu corazón
el que dice una verdad suya:
agua.

No lo sabremos,
quizás.

Tal vez antaño
en niñez o juventud
eras parte de un equipo,
un amigo entre amigos,
en juego a la pelota
o generosos ayudando
y todos eran uno.

Mañana, pensaste,
cuando grandes,
jugaremos otros juegos
todos unidos
contra lo difícil,
contra lo imposible,
y repartiremos dadivosos.

Y más tarde aún,
sintiendo amistad,
viste con tus ojos de artista
quebrarse la palabra,
y con manos incrédulas
recogiste mil pedazos
de letras destruidas,

Tal vez, dudaste,
eras tú el equivocado,
la posibilidad errada,
y el juego era cambiarlo,
era sorprender y quitar,
al ingenuo primero,
riendo.

Quizás
qué dirías tú,
si te lo preguntase,
si fue así o no,
si alguna vez de adulto
quisiste jugar amistad
y no pudiste.

¿La Biblia?, te pregunté
entrando al taller,
ahí estaba sobre la mesa,
abierta, frente a ti.
Sí, me dijiste sonriendo,
hay historias entretenidas,
muy entretenidas, mira -
y me contaste de alguien
que hacía cosas que olvidé.
Fue una sorpresa,
tú y la Biblia,
resuelta con ese humor
tan liviano y tuyo,
no, lo sagrado
no está en las palabras,
me aseguraste,
para qué confundirse.

Es tan bonito el libro,
seguiste más tarde,
lo dibujaré un día -
con lápices livianos,
como recuerdo
de otras gentes y tiempos,
de oraciones trilladas
a falta de propias
pero oraciones igual.

A la semana fue así.
El dibujo yacía
sobre la mesa,
que yo lo vea:
el libro grande, imponente,
una imagen clara, ligera,
trazada con ternura
sobre un papel rugoso -
el libro sagrado.

Íbamos antaño
de sorpresa en sorpresa,
el corazón saltando,
me dijiste un día,
el corazón abierto
en días llenos
de toda la riqueza.

Después
hicimos signos,
hicimos palabras,
y en las palabras
creamos escenas,
y después
vivimos en ellas.

Ahora
queremos salir,
queremos volver
a la verdad
sin palabras,
sin intención,
sin signos.

Queremos volver
a ser fuertes,
a resistir
impacto e impresión,
queremos
ver y crecer,
de frente,
confiando.

Vivimos
detrás de rejas,
seguiste ese día,
vivimos
detrás de palabras,
de ideas, de modas:
queremos sentirnos
seguros.

Porque
asombrarse es duro,
y ver es demasiado -
cuando el corazón
va agitado ya
de tanta grandeza.

Entonces ahora
nuestros lápices,
nuestros papeles,
de a poco
abren camino
y muestran
hacia lejos,
hacia la imagen
libre,
entera y sana.

Claro, pensé,
depende de qué queremos.
Y es verdad,
hemos querido dominar
y no ser dominados,
hemos querido controlar
bestia, agua y enemigo,
incluso los peligros posibles
los miles de miles,
y se nos fue el tiempo
para vivir.

Pero hoy podemos,
mira tus dibujos,
cómo confían,
cómo dan.

Hoy
nos resulta de nuevo,
tal vez,
andar y ver
sin temor en la mente
y el corazón agradecido,
quizás nos resulta
- como a ti -
dibujar la realidad
con manos reverentes.

Mirando tus papeles
descubrí anoche
que en muchos dibujos
hay una dirección
hacia arriba,
una actitud erecta,
un modo de ser
alto y asertivo.

Y hoy, cuando
entraste al taller
- carpeta en mano -
vi en ti lo mismo,
una clara altura
al mismo tiempo
cuidadosa y confiada,
un estar despierto
viendo el mundo.

Quizás tus dibujos
son tu carácter,
tu modo íntimo de ser,
quizás
no sabes ser distinto
al artista que eres,
y yo tendré que aprender
en equivalencias
lo que tú ya sabes.

Quise aprender de ti,
- a eso vine a tu taller -
y hoy veo
que debo hacerlo
muy de otra manera,
que debo
mirar hacia adentro,
caminar más como soy
y dar de lo mío.

Quién sabe
si algo de esto
lograré hacer,
si seré asertivo
como tú,
claro y convencido,
si en el papel
dejaré huellas mías
hacia la realidad
que nos atañe,
y si el lápiz
trazará con gracia
la seriedad
que me has enseñado
intentar.

Hoja de ginkgo.

Usaste sólo carbón,
pero parece
una sinfonía de colores
derramada ahí
sobre la superficie querida,
un juego
de dinámicas otoñales
que se eleva del papel
y a la vista
se despliega con fuerza.

Cierro los ojos
y vuelco la mente
sobre el árbol desordenado
que tú viste soltar
algún día de frío
sus primeras hojas amarillas
al césped receptivo,
cayendo con ellas
tú mismo quizás
en vueltas de luz,
compartiendo así
su destino natural,
solidario, desprendido,
y finalmente yacente
sobre el pasto
de cara al cielo gris
allá en las alturas,
un hermano sensible
en su hora final.

Tu hoja de ginkgo
aquí en el papel.

Luz,
me has dicho tantas veces,
es lo que nos hace,
todo lo que somos,
huesos, músculos, piel,
la mirada y la voz,
y el modo de cada uno -
luz, es luz
lo que nos hace.

Y en tus dibujos
debe estar tu luz,
me repites sin pudor,
que de inmediato se sepa:
esto es tuyo.

Has de ayudarle
a que sea,
a que se exprese,
a que brille
sin impedimentos
desde el carbón
que traza la imagen
y sobre el papel
que la sostiene -
y lo diga:
así es
como yo soy.

Supé que estudiaste
a los chinos,
a Lao Tsé, a los taoístas,
que un año entero
estuviste en el I Ching,
y que después fue
su medicina
durante años, muchos años.

El respeto a lo que es,
la sensibilidad,
las imágenes
que dicen siempre más,
la fuerza del agua,
el mutuo apoyo
y el ciclar permanente.

Quizás
fueron tus maestros,
los viejos,
quizás ahora
dibujas confiando
en el juego de energías
que te rigen,
tal vez
tus lápices y tus carbones
sólo trazan
las líneas de fuerza,
y ahora así se nos muestra
con toda claridad
la verdad de tu vida.

Encontré
este dibujo pequeño
representando tu cello,
el cuerpo, el arco y la silla,
todo como lo dejas
después de tocar.

Un juego
de lápiz y papel,
de sombra y luz,
y en medio, resaltado,
el cello,
una melodía
casi aún en el aire,
la fuerza armoniosa
de un sentir musical
que se expresó recién
en esta misma sala
y parece perdurar
con su cantar.

Pero
es tu verdad visual
la que está aquí,
la que perdura,
tu entrega a
sentido y contraste,
es tu sensibilidad
a diario renovada
la que se expresa
en esta imagen
oscura y clara,
bella, recogida,
casi sagrada,
en esta muestra
preciosa
de tu alma artista.

Dibujar,
me dijiste,
es irte,
es abandonar
lo que fue tuyo,
lo que moró
en tu corazón
mientras crecía,
es desprenderse
para siempre
de lo que en ti fue
esfuerzo, desafío,
meditación,
es dejar el papel
sobre esta mesa
y girar hacia lo nuevo
que en algún lugar
propio e íntimo
madura su modo
muy particular
hacia tu conciencia -

dibujar
es el último adiós
a lo conocido,
y volcar la mirada
osadamente
hacia adelante.

He conocido aquí
a algunos de tus alumnos
quienes, igual que yo,
quieren aprender
- más allá de usar lápiz o carbón -
a ver el sentido
y a expresarlo.

Dos muchachas,
una callada,
otra más simpática,
un joven alto llevado
por un fuego interno,
y una mujer
que parece amarte
perdidamente.

Nos saludamos
respetuosamente,
como sin molestar,
pero no hemos parado
a reunirnos,
a conversar o reír.

Cuando deje de asistir
a tu taller
pasará un tiempo
antes que ellos
se den cuenta.

Tu taller
es
escuela del corazón.

Es
aprender a perder,
a renunciar,
a soltar lo querido,
a caminar hacia lo ignoto
con paso valiente,
es
mutar y cambiar
y en cada vuelco
dibujar lo visto
con mano
ligera y generosa -
y seguir.

Quizás algún día
sepa hacerlo solo,
sepa armar un taller
y mostrar tu oficio
a quienes quieran
aprender
lo que de ti aprendí.

Pero del conversar
tú y yo
en torno a un café
¿qué será?

Llegaste temprano,
irrupiste al taller,
te sentaste a la mesa,
tomaste papel y carbón,
hiciste cosas
que no me atreví a espiar
y saliste a la calle
con el apuro que entraste.

Al atardecer volviste
con paso relajado
y una mirada
tranquila y feliz.
Me hablaste
de un amigo,
de un proyecto,
que había otra gente
y que querías ayudar.

Dos días más tarde
me contaste
la historia entera:
querían crear
talleres para niños,
y te necesitaban.

Tu cara brillaba.
Mientras jugabas
con unos lápices
te serví un café.
Y conversamos
sobre niños.

No sé por qué,
me dijiste,
pero creo que son
los niños
que han sufrido
los que más ven,
los que mejor expresan
la imagen interna,
anhelo o miedo,
y quienes van
más leales
con juguete,
árbol o perro,
ayudando, queriendo,
sintiendo enteramente
el río ancho
en que vamos
hora tras hora.

Quieren
que en estos talleres
enseñe a los niños,
pero me temo
que serán ellos quienes
a mí enseñarán -
con sus ojos abiertos,
sus manos fuertes,
su compromiso
y su verdad
emergente.

Te hablé del jardinero
y me hallaste razón,
del cuidado humano,
de tierras y riego,
de la paciencia,
y un día
la vida nos da
bulbo, tallo o fruta.

Sí, dijiste,
los niños.

Fuiste
a tus carpetas
y miraste entre tus cosas,
observaste
manitos, cabezas, pies,
cejas altas, labios,
mejillas, pelo -
y los niños mayores
que trazaste
jugando, corriendo,
con una pelota
o pensativos.

Querías estar solo,
me percaté,
tu mirada buscaba,
iba aquí y allá,
y tu cara estaba seria.

Me despedí
con voz baja
y salí del taller.

Te vi muy contento
los días que siguieron,
crear
los talleres de niños
te tenía ocupado,
escribiste cosas,
ideas sueltas
en papeles sueltos
que tomabas hacendoso
y salías de nuevo
a la calle agitada.

Una tarde
te sentaste con calma
y me ofreciste café.
Ha sido
un bello recreo,
me dijiste,
en medio del trabajo
serio y osado
de mis últimas décadas.
He gozado
inventando cosas
para niños
que aún no conozco.
En realidad
ha sido un privilegio
hacer todo esto.

En la expresión
de tu cara,
en tu voz,
había una belleza
madura y humana
que hubiese querido
saber dibujar.

A las pocas semanas
se iniciaron tus talleres
y viniste poco al taller.
Me decidí finalmente
dejar de venir.

Una tarde abrí de nuevo
cajones y carpetas
y estuve mirando
tus papeles,
dibujos, carbones,
la riqueza exquisita
de vida y sentido
que volcaste
sobre mil superficies,
y también miré
algunas cosas más,
el lento despertar
de una expresión
a mi modo.

Tomé solo
una taza de café,
miré y pensé
y estuve serio.
La próxima taza,
me prometí,
será contigo,
y conversaremos
sobre niños, lápices,
y sobre los pasos
que hemos dado
en los últimos
días y meses.